

Kailas novela negra

BARCELONA NOIR

DISTRITO IV

LLUC OLIVERAS



Barcelona Noir narra la historia del meteórico ascenso de un delincuente de barrio, de simple ratero a líder del hampa, en los bajos fondos de la Barcelona de finales del siglo XIX.

Los primeros años de Teodor Aymerich, el «Búho», transcurren en el gueto portuario de la ciudad, escenario por el que transitan la gloria y las miserias de la sociedad del momento.

Inspirada en el ambiente criminal de la época, y en un periodo histórico en el que la ciudad forjaba sus cimientos para alcanzar posteriormente su esplendor, se refleja tanto la descarnada brutalidad de aquellos malhechores como la humanidad del propio protagonista, que instintivamente se convierte en el cabecilla de la organización mafiosa predominante en el distrito.

Una Barcelona oscura y sucia para un relato de supervivencia en la que asistiremos al nacimiento de una de las familias burguesas que llegarían a la cúspide de la sociedad barcelonesa de principios del siglo XX.

Barcelona Noir

Lluc Oliveras

Título: Barcelona Noir

© 2017, Lluc Oliveras

© 2017 de esta edición: Kailas Editorial, S.L.

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-16523-76-4

ISBN papel: 978-84-16523-69-6

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

Índice

[PRIMERA PARTE. 1875-1890](#)

[SEGUNDA PARTE. 1890-1898](#)

[Glosario](#)

[El autor](#)

A todos los que siguen leyéndome después de tantos años, a mi familia y amigos más cercanos, a Rocco, Rosa María, Ricardo Artola y Claudia Bumedián, y en especial, a los que jamás bajan los brazos pese a los contratiempos de la vida.

Nota de autor: *Con el fin de facilitar la lectura, al final del libro se incluye un glosario que aclara la jerga utilizada por los personajes de la novela.*

1

Ismael miraba a su padre con la curiosidad del que aún alberga dudas sobre su madurez. Cumplía dieciocho años y estaba ansioso por desvelar un misterio que duraba desde las siete de la mañana. Contra todo pronóstico, su madre le había levantado antes de lo esperado para animarle a que se vistiera y bajara al salón. Su padre le esperaba allí para desayunar y felicitarle en persona.

Alcanzar la mayoría de edad solía ser motivo de alegría para todos los jóvenes que veían en dicha fecha la razón para mostrar su voluntad con mayor ahínco, pero, en la mansión familiar, todos permanecían extrañamente serios, como si una ligera pesadez moral se hubiera apoderado de sus almas.

Desde pequeño, Ismael había intuido que algo no acababa de encajar en su familia. La sutil presencia de un secreto diluido solo por una actitud despistada les había obligado a bailar al son de un extraño compás; como si los pasos estuvieran determinados de antemano por un desconocido maestro de ceremonias.

Tras un desayuno marcado por la cordialidad de los estrictos cánones domésticos —su familia era una de las más pudientes y antiguas de la cosmopolita Barcelona—, su padre, Lluís Aymerich le pidió amablemente que le acompañara. Había llegado el momento de mostrarle una verdad que habían guardado celosamente durante años por su propio bien.

—Anula todos tus planes, hijo. Necesito que hoy me acompañes—le comentó su progenitor, mientras le miraba como nunca antes lo había hecho.

—Pero papá... es que había quedado con... —respondió Ismael antes de que su padre le cortara en seco. No seguir sus órdenes ni siquiera era una opción a tener en cuenta.

—Insisto, Ismael. Llegado el momento lo comprenderás.

Recordando aquella última frase, mientras recorrían el tupido paseo de Gracia barcelonés en dirección a la calle Diputación con Rambla Cataluña, en la limusina que su padre solía utilizar para ocasiones de verdadero protocolo, Ismael pensó en que quizás toda aquella pantomima era una mera maniobra de distracción para regalarle la motocicleta que tanto ansiaba. Llevaba un año insistiendo en que necesitaba una forma autónoma de poderse mover por la ciudad, y sus padres, comprendiendo su petición, le habían prometido retomar el tema una vez cumplida la mayoría de edad.

A Ismael la ciudad empezaba a comprimirle. Recordaba la Barcelona de cuando era pequeño, la que recorría en compañía de su amado abuelo, Teodor, un célebre hombre de negocios que no le temía a nada ni a nadie. De hecho, solía llevarle por el Barrio Gótico, a la catedral y a ver las ocas que allí habitaban, a la calle Ferrán, al Mesón del Café y a pasear por el Raval, un territorio de mala fama que parecía no amedrentar al cabeza de familia. Todo lo contrario, paseaba por sus calles como si alguna vez hubiera sido el dueño de las mismas, transmitiéndole a su nieto la seguridad de que podía ir sin miedo al lugar que se le antojara.

En una ciudad en la que las Ramblas habían mantenido una diversidad controlada, las «Golondrinas» ofrecían un paseo cómodo y agradable hasta el final del rompeolas — donde solía comprarle algún cangrejo de juguete o una

bolsa de cacahuetes— y sus calles se mostraban amables con quienes las visitaban.

Pero ahora la urbe había dado un giro inesperado. Lo vetusto había sido engullido por el afán de contentar al turismo y, en consecuencia, Barcelona ya no pertenecía a nadie; ahora era una urbe más que ofrecía sus calles al mejor postor. Quizás por ello, Ismael llevaba tiempo pensando en cursar sus estudios universitarios más allá de la frontera. Buscaba un nuevo «hogar» lejos de una ciudad que le resultaba extraña, probablemente porque su abuelo le había enseñado a amarla y a odiarla a partes iguales.

Por el recorrido que iba trazando el lujoso vehículo, el destino final parecía ser el antiguo domicilio del hombre que tantas lecciones le había dado en la infancia. Un inmueble que Ismael no pisaba desde los diez años, pese al mágico recuerdo que aún conservaba del lugar.

Por motivos que desconocía, el gran líder de los Aymerich había decidido mantener cerrado el domicilio en el que había alcanzado sus máximos logros empresariales.

—¿Vamos a casa del abuelo? —preguntó el cumpleañosero, intentando sonsacarle algo a su padre.

—Paciencia, hijo... —se limitó a responderle mientras seguía ojeando el periódico.

En el exterior, el día amenazaba con quebrarse y escupir un manantial de agua con el que purificar la urbe. La acumulación de días sin llover había provocado una humedad insoportable

Como era habitual, la limusina se adentró en un parking privado del que la familia poseía toda una planta y que estaba a apenas un par de calles del piso del abuelo Teodor. Manteniendo una seriedad más protocolaria que voluntaria, Lluís Aymerich le pidió al chofer que regresara a la mansión familiar —cercana a Sant Cugat—, para ponerse a disposición de la señora. Una vez terminada la gestión por la que se habían desplazado hasta el centro de la ciudad, regresa-

rían con alguno de los vehículos que la familia tenía estacionados en la misma planta.

José, acostumbrado a recibir órdenes sin cuestionarlas, asintió cortésmente, mientras veía cómo el cabeza de familia y su hijo descendían del vehículo y se alejaban hacia la salida. Transcurridos diez minutos, abandonó el parking siguiendo las directrices recibidas.

Al mismo tiempo, padre e hijo cruzaron un par de concurridos pasos de cebrá con la incomodidad del que se siente agobiado por el tumulto y, sin hablarse, se adentraron en una típica finca del Ensanche barcelonés.

Pese a que la escalera del inmueble había sido reformada, seguía manteniendo el aspecto casi intacto de principios del siglo XIX y una decoración de estilo modernista —propia de la época— con pequeños detalles de la evolución arquitectónica de Cerdá y los años posteriores.

A Ismael, que hacía casi una década que no pisaba aquel lugar, le pareció que el hall de entrada apestaba a rancio, aunque quizás se debiera a la exagerada cantidad de lejía que la portera había utilizado para limpiar la escalera. La mujer, una andaluza que se había ganado el cariño de todos los inquilinos, tenía verdadera obsesión por aquel producto de limpieza, sin tener en cuenta las molestias que ocasionaba su exceso.

Comprimidos en el interior de un estrecho ascensor de madera noble, con empuñadura y botones dorados —incrustados en un plafón en el que seleccionar el piso—, y proporcionalmente más rectangular que cuadrado, ascendieron hasta el cuarto piso entre chirridos de desgastada maquinaria.

Cuando Lluís Aymerich abrió la puerta de la vivienda familiar, el aluvión de viejas emociones que habían quedado sepultadas por el tiempo le abofeteó sin compasión. Él, que había nacido y crecido allí, sintió que se le anudaba la garganta.

La impresión de Ismael no fue muy distinta de la de su padre. Curiosamente, el aroma de su abuelo seguía empaando el ambiente. La vieja loción de afeitado Floyd aún deambulaba por las estancias.

Ojalá el gran Teodor Aymerich en persona le hubiera recibido el día de su cumpleaños para conducirlo hasta el salón a que le sirvieran todos los churros de chocolate que se le antojaran. Puede que luego echasen unas partidas al dominó, aunque fuera considerado un juego impropio de su categoría. Allí nadie les veía y, por lo tanto, podrían jugar a ser quienes quisieran durante todo el tiempo que les viniera en gana. Lamentablemente, el gran cabeza de la familia les había abandonado seis años atrás víctima de un inesperado infarto de miocardio y desde entonces su padre no había querido regresar al templo familiar.

«Sus razones tendrá», pensó Ismael, tras recibir la segunda negativa. Y ya no insistió, aceptando que la vida debía continuar.

Tras perder algunos minutos recordando su pasado, Lluís Aymerich se fijó fugazmente en el reloj de la entrada y comprendió que el tiempo se les empezaba a echar encima. Aún quedaba mucho por hacer.

—Acompáñame, hijo. Quiero enseñarte algo —dijo con amabilidad, mientras Ismael le seguía ansioso por desvelar tanto misterio.

A medida que se acercaban al estudio del abuelo, Lluís iba revisando las habitaciones una por una, mientras corría las cortinas llenas de polvo y para dar acceso a la luz del exterior. Dispuesto a que la ventilación natural se deshiciera del molesto olor ha cerrado, abrió varios balcones, permitiendo que el ruido de la concurrida Diputación se adentrara en las estancias.

Los objetos decorativos de casi toda la casa seguían en su sitio; nada había cambiado. Obras de arte, tapicería recargada, espejos repartidos con buen gusto para dar una mayor amplitud. Todo sobre un suelo que de por sí ya era

una maravillosa reliquia. Aquella casa era un ejemplo de la Barcelona burguesa de principios del siglo anterior; un «museo» que albergaba lo mejor de la época más romántica de la urbe mediterránea.

La habitación que el abuelo siempre había calificado de despacho era más una biblioteca que una oficina al uso, pese a que compartía espacio con algunos armarios de trabajada madera noble donde se resguardaban importantes documentos familiares. Allí, sentado tras el espléndido escritorio diplomático ubicado junto a un gran ventanal, Teodor Aymerich había forjado una meteórica carrera empresarial, convirtiendo su apellido en uno de los más influyentes de la ciudad.

Sus negocios se habían expandido por el territorio nacional y europeo, llegando a cruzar el gran «charco» de una zancada y estableciéndose en el continente americano. Vino, tabaco, algodón y un sinfín de ramificaciones centradas en la producción catalana y su consecuente exportación. Y gracias a su afán por alcanzar la cima, había dejado a su familia en una inmejorable posición que les abastecería durante generaciones.

—Siéntate en la butaca del abuelo —le indicó su padre, después de abrir el gran ventanal y dejar que la luz natural se adueñara de la estancia.

Ismael asintió sin rechistar, quedando a la expectativa. Se sentía como el que está a punto de recibir una noticia incierta y carece de voz y voto. Una amalgama emocional le golpeaba las entrañas.

Tras frotarse las manos a modo de tic nervioso, Lluís se sentó en una butaca ubicada en el ángulo contrario a su hijo y carraspeó. Había llegado el momento de las confesiones.

—Sé que todo esto te parecerá extraño, Ismael... —empezó al tiempo que su hijo asentía lentamente—. Llegar a los dieciocho marca parte de tu vida, y ya hemos hablado de tu ilusión por estudiar en Inglaterra. Tal y como están las

cosas, tu madre y yo somos conscientes de que allí tendrás más oportunidades, pero antes debes conocer algo que te hemos estado ocultando por petición expresa de tu abuelo...

—¿Sobre qué, papá?

—Es sobre nuestra familia. Por eso te he traído el día en el que cumples la mayoría de edad. Tu abuelo me hizo prometerle que así lo haría, al igual que te pediré que, llegado el caso, tú hagas lo mismo con tus hijos. Forma parte de nuestra tradición...

—Claro, papá. Haré lo que sea...

—Estoy seguro. Eres un buen chico —dijo Lluís Aymerich, esbozando la primera expresión amable de la mañana.

Sin perder más tiempo, se incorporó de la silla para acercarse hasta el escritorio del abuelo, que era una obra de arte en sí. La madera había sido minuciosamente tallada y las filigranas eran dignas de un genio. De subastarlo, su precio en el mercado sería estratosférico.

Ante la atenta mirada de Ismael, su padre pulsó una zona lateral donde se apreciaba el busto de una figura mitológica y activó un viejo resorte. Al acto, se escucharon los diferentes chirridos de un mecanismo centenario y en cuestión de segundos sobresalió un pequeño cajón justo en frente de donde él estaba sentado.

Ismael había observado el proceso con incredulidad, y mientras se hacía a la idea de lo que el escritorio había estado resguardando, su padre extrajo un caja de metal custodiada por un cerrojo.

Sin abandonar la cálida sonrisa que había adquirido desde hacía unos minutos, Lluís Aymerich se acercó a la escultura del dios Apolo que el abuelo tenía junto a una de las estanterías más cargadas de libros y, tras desplazarla, extrajo de su base una llave de pequeñas dimensiones. Lo siguiente fue abrir el pequeño arcón, liberando definitivamente el secreto que el abuelo Teodor había ocultado celosamente durante décadas. Un viejo y extenso manuscrito

escrito a mano por el cabeza de familia, un bello revólver al que se le notaban los años de esmerado cuidado y un puño americano usado y parcialmente oxidado. Tres elementos que formaban el «tesoro» familiar.

Ismael se quedó sin saber cómo reaccionar. Lo que estaba presenciando superaba de lejos todas sus expectativas.

—Bueno, pues aquí está lo que tu abuelo quiso que vieras al cumplir los dieciocho...

—No lo comprendo, papá. ¿Por qué ocultarlo hasta ahora?

—Deberás leer el manuscrito para entenderlo.

—¿Tú también pasaste por esto? —insistió, incrédulo, el benjamín de la familia.

—Por supuesto... tu abuelo era de ideas fijas y acciones firmes. Solo quería que pudiéramos elegir libremente...

—¿Elegir el qué?

—Seguir con la tradición familiar o ser el primero en empezar de nuevo. Eso ya será una decisión tuya —comentó Lluís Aymerich al tiempo que rozaba sutilmente el hombro de su hijo para transmitirle sosiego—. Mientras empiezas a leer, voy a ir a por un café. ¿Quieres que te traiga algo?

—¿Puedo acompañarte? Se me hace extraño quedarme solo...

—Será mejor que empieces ahora. Esto te llevará un buen rato... —propuso el cabeza de familia, e Ismael asintió resignado.

—Vale, pues tráeme otro café, por favor.

—No tardaré... —respondió su padre, al tiempo que cruzaba el umbral de la puerta y se alejaba a un ritmo pausado.

Durante unos segundos se escucharon los pasos del señor Aymerich ahogándose lentamente hasta sellarse con un lejano portazo. La casa del abuelo Teodor tenía el poder de amortiguarlo todo, incluidos sonidos y emociones.

Ismael tenía entre sus manos el legado que su abuelo había dejado especialmente para él y todos los que vinie-